

—**FELIPE POCOK**, arzobispo coadjutor de Toronto, Canadá:

En esta breve intervención añado mis alabanzas a las ya expresadas por la Declaración en causa. Me asocio también a aquellos que han propuesto: 1º, que la frase "no sean acusados de deicidio", que se encontraba en el texto primero se restituya al texto actual; y 2º, que la Declaración condene y deplore sea las persecuciones sea las discriminaciones religiosas y raciales, que los hebreos han sufrido y sufren hasta la fecha.

Me sea consentido añadir alguna palabra en aprobación de la Declaración y contra la objeción de que en ella se presenta a los hebreos de manera más favorable que en la Sagrada Escritura.

Es verdad que no pocas veces los Profetas de Israel habían acusado al pueblo de ser duro de cerviz e insensible de corazón. Acusaciones parecidas resuenan también en el Nuevo Testamento. El mismo Cristo increpaba con términos acerbos a los grandes sacerdotes y fariseos y alguna vez también al pueblo. Tal modo de expresarse se encuentra en los discursos de S. Esteban, como lo refieren los Hechos de los Apóstoles (cap. 7), y en las palabras de S. Pablo, en la primera epístola a los Tesalonicenses (cap. 7, vers. 15 y sig.). En dichos pasajes al pueblo israelita se le acusa de repetida infidelidad. Mas no hay que olvidar que son también hebreos los que lanzan acusaciones de este porte. En efecto, Cristo, Esteban, Pablo son hijos del pueblo judío. Su áspera terminología significaba nada más que exhortación para que el pueblo por ellos querido se convirtiese, aquel pueblo del cual ellos formaban parte y con el cual en un cierto sentido se identificaban. Tales expresiones no pueden ser interpretadas como literal descripción del pueblo; eran más bien expresiones de incitación para ablandar el ánimo de los oyentes.

También hay que tener presente que en el Evangelio de Juan muy a menudo el término "judío" se usa no tanto para señalar a todo el pueblo hebreo, sino exclusivamente a los enemigos de Cristo, esto es, aquella secta de fariseos y sacerdotes que atacaba a Cristo. Las palabras que el Señor pronuncia contra ellos en el cuarto Evangelio no pueden estar dirigidas al pueblo en su totalidad, sino solamente a algunos individuos.

Concluyendo: para exponer con precisión la relación entre el pueblo hebreo y la Iglesia de Cristo no hay que atenerse tanto a las condenas exhortativas del pueblo de Israel, sino más bien ir a aquellos pasajes de la Escritura, que afirman que el Antiguo Testamento se completa y se

cumple en el Nuevo y que anuncian claramente el misterio de la misericordia divina para con el pueblo escogido. Así y no diversamente cada uno puede interpretar el verdadero significado de la Sagrada Escritura en lo referente al pueblo escogido.

—**PEDRO NIEMAN**, obispo de Groningen, Holanda:

La Declaración merece un aplauso particular por cuanto revela cómo la Iglesia toma cada día más conciencia de las riquezas contenidas en el Judaísmo y en las otras religiones. Sería oportuno hacer al texto algunas modificaciones para conferirle mayor eficacia y claridad.

—**JULIO VAN DAEM**, obispo de Anversa, Bélgica:

El texto expresa oportunamente la esperanza cristiana del acercamiento del pueblo judío a la plenitud del Pueblo de Dios. La Declaración conseguiría un mayor valor espiritual si expusiese la naturaleza del diálogo que es necesario entablar con el pueblo judío y la actitud de los cristianos a este respecto. Deseable sería una más amplia y clara ilustración de los pasajes referentes a los hebreos contenidos en el Nuevo Testamento. A fin de que el diálogo con los judíos pueda conducir a una mayor responsabilidad consciente del patrimonio común, los cristianos deberían estar animados por los mismos sentimientos que San Pablo tenía para con su pueblo.

actitud de la iglesia hacia las religiones no cristianas

TEXTO CONCILIAR VOTADO el 20 de noviembre de 1964 y aprobado por 1.657 votos a favor, 99 en contra y 242 votos a favor pero con enmiendas. Por razón de estas últimas el texto vuelve a Comisión, para retoques en la redacción a fin de ser sometido a la votación final en la IV Sesión del Concilio.

I. Premisa.

Hoy, en el que el género humano se unifica cada día más y en el que se intensifican las relaciones entre los varios pue-

blos, la Iglesia examina cuidadosamente cuál es su relación para con las religiones no-cristianas. En efecto, los pueblos todos forman una sola familia, tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo que todo el género humano habitara la tierra; los hombres tienen como único y último fin a Dios, cuya providencia, muestras de bondad y planes de salvación se extienden a todos, hasta el día en que los escogidos serán reunidos en la Ciudad Santa, iluminada por la gloria divina y en la que todos los pueblos vivirán de Su luz.

Los hombres esperan de las varias religiones una respuesta a los misterios de la naturaleza humana, los que, ayer como hoy, turban hondamente su corazón: ¿qué es el hombre?, ¿cuál el significado y el fin de nuestra vida?, ¿qué es el bien y qué es el pecado?, ¿qué es la muerte, el juicio, la remuneración después de la muerte? ¿Qué es, en fin, el profundo e inefable misterio que rodea nuestra existencia; de dónde nuestro origen y a qué cosa tendemos?

II. Hinduísmo y Budismo.

Desde la antigüedad se nota en los diferentes pueblos una cierta percepción de la fuerza existente y presente en el subseguirse de las cosas y de los acontecimientos de la vida humana, y también, al mismo tiempo, un conocimiento de un Dios y Padre supremo.

Las religiones vinculadas a un progreso cultural y a una lengua más evolucionada se esfuerzan para contestar a preguntas parecidas. Así, en el Hinduísmo, los hombres escudriñan el misterio de la divinidad y lo expresan con una incesante fecundidad de mitos y con muchos esfuerzos determinados por la filosofía: ellas buscan una liberación de las angustias de nuestro estado por medio de formas de vida ascética, con una meditación profunda y también refugiándose en Dios con amor y confianza.

En el Budismo se admite la radical insuficiencia de este mundo mutable y se indica el camino por el que los hombres, con devoción y confianza, renunciando a su propio yo y purificándose de las cosas transitorias, puedan desatarse y entregarse a un perdurable descanso.

Asimismo las demás religiones que se encuentran en el curso de la historia ponen en evidencia los diferentes aspectos de la inquietud del corazón humano y proponen caminos, es decir doctrinas y reglas éticas y no menos que cultos.

La Iglesia católica no rechaza cuanto pueda haber de verdadero y santo en tales religiones. Ella anuncia incesantemente al Cristo, quien es "el camino, la verdad y la vida" y en quien Dios ha reconciliado todas las cosas. Conociendo los diferentes medios de salvación, ella considera con sincera atención cada manera de actuar y de vivir, toda regla y toda doctrina que, si bien se aleja en muchos puntos de lo que ella propone, sin embargo aportan un destello de aquella verdad que ilumina todo hombre.

Ella por lo tanto exhorta a sus hijos a que, mediante coloquios y colaboración con los seguidores de otras religiones, siempre respetando la integridad de la fe católica, consideren y contribuyan al progreso de los bienes espirituales y morales y de los valores socio-culturales que hay en las demás religiones.

III. Los Musulmanes

La Iglesia considera también con respecto a los Musulmanes quienes adoran a Dios viviente y subsistente, potentísimo y creador del cielo y de la tierra, cuyas decisiones están a veces escondidas, mas a las que hay que someterse con total entrega, así como Abraham se ha sometido a Dios, Abraham, a quien la fe musulmana a menudo se refiere. Si bien no reconozcan a Jesús como Dios, sin embargo le veneran como profeta, honran a la Virgen María madre Suyá, y a veces, la invocan también con devoción. Ellos esperan el día del juicio, en que Dios remunerará a todos los hombres resucitados.

En fin, ellos adoran a Dios con la oración, la limosna y el ayuno, se esfuerzan por llevar una vida moral, sea individual así como familiar y social, en la sumisión a Dios.

Si a lo largo de los siglos ha habido numerosas contrariedades y enemistades entre cristianos y musulmanes, el Concilio exhorta a los unos y a los otros a que, olvidando el pasado, hagan sinceramente lo posible para una mutua, defiendan y juntos hagan progresar la justicia social, los bienes morales y también la paz y la libertad para todos los hombres.

IV. Los Hebreos.

Escudriñando en el misterio de la Iglesia, el Concilio recuerda el vínculo que une al pueblo del Nuevo Testamento con la estirpe de Abraham. En efecto, la Igle-

sia reconoce con gusto que la fuente de su fe y de su elección se halla junto a los Patriarcas, Moisés y los Profetas. Ella confiesa que todos los seguidores de Cristo, hijos de Abraham según la fe (Gal. 3,7) están comprendidos en el llamamiento hecho a este Patriarca y que la salvación de la Iglesia está místicamente simbolizada en la salida del pueblo judío de la tierra de la servidumbre. Esta es la razón por la que la Iglesia no puede descuidar que la revelación la ha recibido del Antiguo Testamento de aquel pueblo con el que Dios, por su infinita misericordia, se ha dignado establecer la antigua alianza. Ella no puede descuidar que recibe la linfa de las raíces del buen olivo, en que están injertados los ramos de los olivos incultos de los gentiles (Rom. 11, 17-24). La Iglesia cree en efecto que Cristo, nuestra paz, ha reconciliado a los hebreos y a los gentiles con su Cruz, y la unidad a los dos pueblos en uno solo (Eph. 2, 14-16). La Iglesia tiene siempre presentes las palabras del Apóstol Pablo acerca de su origen: (Israel) "A quien pertenecen la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas y también los Patriarcas, y de quien según la carne ha nacido Cristo (Rom. 11, 4-5), Hijo de la Virgen María.

Ella no olvida que los Apóstoles han nacido del pueblo hebreo, ellos que son los fundamentos y las columnas de la Iglesia, y no olvida tampoco a los muchísimos entre los primeros discípulos, que anunciaron al mundo el Evangelio de Cristo.

A pesar de que los hebreos, en gran parte, no hayan aceptado el Evangelio, según el testimonio del Apóstol, sin embargo, en nombre de sus padres (Rom. 11, 28-29), ellos son todavía muy queridos por Dios, cuyos dones y llamamiento no han sido revocados. Junto con los Profetas y los mismos Apóstoles, la Iglesia espera el día, que Dios sólo conoce, en el que todos los pueblos invocarán a Dios a una sola voz y le servirán en común acuerdo (Soph. 3-9; Is. 66, 23; Salmo 65-4; Rom. 11, 11-32).

Siendo siempre grande el patrimonio espiritual común a los cristianos y a los hebreos, quiere animarlos y recomendarles estima y conocimientos recíprocos, que nacerán, sobre todo por medio de estudios bíblicos y teológicos, no menos que de fraternos encuentros. Además el Concilio, teniendo presente el patrimonio común, condena severamente las ofensas doquiera

hayan sido perpetradas por los hombres. Deplora y condena el odio y las persecuciones contra los hebreos, ya perpetradas en pasado como en estos últimos tiempos.

Luego que todos cuiden para que nada se enseñe, en el catecismo o en la predicación de la palabra de Dios, que pueda hacer nacer en el corazón de los fieles odio o rencor contra los hebreos. Que jamás se le presente al pueblo hebreo como raza renegada o maldita, o culpable de deicidio. Lo que ha sido hecho en la Pasión de Cristo en absoluto puede ser imputado a todo el pueblo entonces existente y menos aún a aquel de hoy. Más aún: la Iglesia ha siempre creído y cree que Cristo, en virtud de su inmenso amor, quiso voluntariamente someterse a la pasión y a la muerte para los pecados de todos los hombres. La Iglesia, por lo tanto, en su predicación tiene que anunciar la Cruz de Cristo como signo de amor universal de Dios, y fuente de toda gracia.

V. Ninguna distinción.

Nosotros no podemos invocar a Dios, Padre de todos, si renunciamos a comportarnos fraternalmente hacia algunos hombres, creados a imagen de Dios. La relación del hombre con Dios y la del hombre con sus hermanos, están talmente vinculadas que, quien no actúa con amor no conoce a Dios (1 Jo. 4, 8; 2 Jo. 11, 11; Lc. 10, 25-37). Luego no hay ningún fundamento en cualquier teoría o comportamiento que admita una distinción entre hombre y hombre, entre raza y raza, sea por la dignidad humana, sea por los derechos que de ella derivan.

Es por lo tanto necesario que todos los hombres y, sobre todo los cristianos, se abstengan de toda distinción o de toda prepotencia, causadas por el color, por la condición o por la religión de cualquier hombre que sea.

El Concilio recalando las huellas de los Apóstoles Pedro y Pablo, recomienda encarecidamente a los fieles de Cristo cuidar de las buenas relaciones con los gentiles (1 Petr. 2-12) y, por cuanto sea posible, al menos por lo que de ellos depende, vivir en paz (Rom. 12, 18) con todos los hombres, de manera que sean verdaderamente hijos del Padre que está en los Cielos (Mat. 5, 44).